



▶ 7 Octubre, 2020



DE LA CÁRCEL A UNA CIUDAD CONFINADA: “ME DA MÁS MIEDO LO QUE HAY FUERA”

A LAS ONCE DE LA mañana de cualquier día, Karim estaría jugando al parchís en la sala de estar de la cárcel de Valdemoro. A las 11 de la mañana de hoy, está saliendo de prisión después de una condena de cinco años. A las dos de la tarde, ya habría comido y estaría tirado en la celda de dos metros y medio por tres. A las dos de hoy, no sabe si comerá. A las cuatro de la tarde, estaría viendo *La que se avecina*. A las cuatro de hoy, última un plato de aceitunas (soñaba con ellas) y no tiene

ni idea de la que se le va a avecinar. A las cinco estaría en su sitio del patio de la cárcel. A las cinco de hoy, camina como sin rumbo por una calle de Chamberí. A las ocho de la noche ya habría cenado y estaría justo en la puerta de la celda, esperando a que la abriesen para entrar. A las ocho de hoy acaba de llamar al telefonillo de un edificio de pisos modestos en Moratalaz. Conserva esa dirección. Es lo único que se le ocurre: la casa de una amiga en paro que vive con su madre y su hijo. —¿Marí?

—¿Sí?
 —Soy Karim. No tengo a donde ir. *Papel* acompaña a un recluso en su primer día de libertad. A uno que sale de un largo confinamiento para entrar en otro de al menos dos semanas. —¿Y qué es lo que más te llama la atención?
 —Las piernas que no se me sostienen. El mirar tan lejos. Todo el mundo con mascarillas. Esta es la historia de un marroquí de 37 años que comenzó a esnifar pegamento con tan solo ocho y que a los 10 ya era carterista. La historia de un

Sale de la prisión de Valdemoro (Madrid) sin papeles, sin tarjeta sanitaria, sin subsidio y sin familia. Acompañamos a un recluso que no tiene nada y deja la cárcel en medio del confinamiento

POR PEDRO SIMÓN
 FOTOS: ALBERTO DI LOLLÍ

recluso condenado por robos con violencia que toma ocho pastillas diarias para la salud mental y sale en libertad, sin papeles, ni ingresos, ni red de apoyo, ni familia en España. Pero también es la historia de un hombre perdido. Karim lleva dos bolsones y cuatro capas de ropa. Se quita la primera: una camisa de cuadros rojos y negros. Debajo lleva un jersey. —Parezco Bárcenas—, sonríe reparando en el fotógrafo. Ya quisiera. (...)

«Nací en Tánger. Mi infancia fue un desastre. A los ocho años ya me escapaba de casa y dormía en el puerto. Mi hermano mayor me pegaba por ello, pero yo volvía a lo mismo: al pegamento. Me drogaba todo el día. Hasta que entré en una banda de carteristas. Casi siempre lo hacíamos en mercadillos. ¿Y sabes lo que te pasa en mi país si pillan a un carterista? La gente te da una paliza. Hasta los tenderos nos tiraban con las pesas de un kilo de hierro. Acababa sangrando y con la cabeza llena de chichones, pero seguía robando. SIGUE EN HOJA 40



► 7 Octubre, 2020

Karim, en casa de una amiga en paro que vive con su madre y su hija, en Moratalaz.



VIENE DE HOJA 39

Así, hasta que terminó en un reformatorio de Marruecos con 13 años.

Si no fuera por Virginia Pareja, de la Fundación Esplai, que ha venido a buscarlo hasta la cárcel con su Citroën blanco, Karim Telaoui tendría que haber caminado dos kilómetros arrastrando sus pertenencias hasta la parada del 412, bajarse luego en Villaverde Bajo, meterse en el metro, buscar una salida.

Si no fuera por Ana Gordaliza, que lleva más de 20 años como monitora ocupacional en la prisión de Valdemoro, el marroquí no sabría dónde bajarse.

«Sale sin papeles, sin permiso de residencia, sin tarjeta sanitaria, sin subsidio de excarcelación, no tiene nada. Si la Policía lo parase ahora mismo, podría llevarse al CIE», comenta. «¿Que cómo han cambiado los presos? La gente está mucho más psiquiatrizada ahora que antes. En los 80 eran grandes consumidores de heroína. Con cierta rabia. Muy activos. No cambiaban el sistema, se lo metían en vena. Ahora el perfil del interno es mucho más pasivo: están muy empastillados».

Los ha visto hacer una raya en el suelo de la celda, junto a las paredes, justo

antes de acostarse. Porque el recluso pensaba que el espacio se estrechaba y, al despertar, quería comprobar que las paredes no se habían movido por la noche.

Los ha visto salir después de años y verlos incapaces de calcular si les da tiempo a cruzar mientras asoma un coche a lo lejos.

O dejarse las luces encendidas de la casa. Porque no se apagan de un modo centralizado, como en la cárcel.

O incapaces de enfocar de lejos. La llamada ceguera penitenciaria del que lleva toda la vida enfocando sólo desde cerca.

A Karim le quedan tres capas.

Se quita la segunda: el jersey. Debajo lleva una camiseta de manga larga con una escena de baloncesto en el pecho.

«Te da más miedo la rutina de dentro o la incertidumbre de fuera?»

«Pues casi más lo de fuera.»

(...)

«Llegué a España con 16 años y medio. En agosto de 1999. Por entonces ya era un gran consumidor de alcohol, hachís, pegamento y benzodiacepinas. Aquel día me subí a las cinco de la mañana en los bajos de un autocar que iba desde Tánger hasta Algeciras en barco. Al llegar allí, siguió

hasta Granada. Me metí con una botella de disolvente que fui aspirando todo el tiempo. Nada me daba miedo».

Y de repente, la calle. Le estamos viendo.

En su primer día de libertad, un hombre camina como si, al dar el siguiente paso, se fuera a abrir una trampa bajo sus pies. Un poco como ese concurso en el que se te traga la tierra si no te sabes la respuesta.

Bajan del Citroën. Virginia le ha llevado al lugar donde le ha dicho Ana. Entre los usuarios de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul que hacen cola, Karim es uno más. Lo que es lo mismo que decir que es uno menos. Antes, en la cárcel, lo

“ME LLAMAN LA ATENCION LAS PIERNAS QUE NO ME SOSTIENEN. MIRAR LEJOS. Y LA LENTE CON MASCARILLA”

“SI HACES ALGO MALO EN LA CÁRCEL. TE CAMBIAN DE MÓDULO. EN LA CALLE, TE CAMBIAN DE PAÍS”

bueno era que las colas te llevaban a un lugar seguro. Ahora, en libertad, lo malo es que las colas no sabes dónde terminan.

Tenía 17 años cuando pisó un centro de menores en el barrio de Hortaleza. Veintiocho cuando entró en la cárcel por primera vez. Montones de cocaína. De pastillas de Trankimazin. De mierda de todos los colores. De carteras desvalijadas: en una había 5.000 euros.

De las 25 causas judiciales, pagó prisión por cuatro. Es un poco como cuando jugaba con las amarillas en Valdemoro: te comes una y te cuentas 20. «Se llama *mataleón*. Coges por detrás a alguien, casi siempre a un turista, y lo asfixias. Así los robábamos. Es fácil hacerlo si sabes cómo».

A Karim le quedan dos capas.

Se levanta la tercera: la camiseta de manga larga. Debajo lleva una blanca de tirantes.

«¿No tienes calor con tanta ropa?»

«No.»

(...)
 El hombre que no sabe dónde va a dormir, ni de qué vivirá, ni si vivirá, también es padre.

A la edad que tiene su hijo Mohamed, él entró a un reformatorio por

primera vez. No lo ve desde hace dos años y medio. Ni sabe adónde lo llevó su madre. Ni por qué se pone a llorar ahora si al final está comiendo aceitunas.

«En la calle los problemas son más difíciles que en la cárcel», razona. «En la cárcel te cambian de módulo si haces algo malo; en la calle, te cambian de país».

Ana Gordaliza: «No le eximo de su responsabilidad, porque hay gente muy muy pobre que no termina aquí. Muchos reinciden como si fuera un destino donde maltratarse a sí mismo».

A Karim le queda una capa.

Se quita la última: levanta la camiseta blanca de tirantes. Debajo está el torso.

«¿Y eso?»

«Me hago cortes con una cuchilla. Lo hago por la rabia, por la frustración. Cuando veo mi sangre, me relajo.»

En los brazos. En el abdomen. En el pecho. Y, ahora que nos fijamos, también en los dos lados del cuello. Es como si Freddy Krueger se ensañase cada poco con Karim.

La última cicatriz es de hace un mes.

La más profunda –esas que casi lo mata– es del día de Reyes de 2019.

«Estaba viendo la cabalgata por televisión. Y

me acordé de cuando llevaba a mi hijo a la de Fuenlabrada. Y cogía caramelos. Y él los metía en una bolsa del Carrefour. De la pena, me corté muy profundo aquí [muestra la muñeca izquierda]. Me llevaron al hospital. No me lo podían coser. Era como ver una caja de la luz con todos los cables cortados. (...)

Qué induce a un ser humano a marcarse a sí mismo como a una res. Qué miedo dan la libertad del ámbra, el rojo y el verde en cada semáforo. Dónde está más preso uno (y de qué): ¿fuera o dentro? Qué efectos tendrá a largo plazo el pegamento en la cabeza de un niño de ocho años.

Para una vez que logró trabajar de jardinero –ahora que cae–, no le hicieron contrato de ningún tipo y todo fue en negro.

Ese fundido.

Porque a veces un hombre que sale a la calle después de una condena es un hombre que empieza otra.

Decíamos. A las ocho de hoy, Karim acaba de llamar al telefonillo de un edificio de pisos modestos en Moratalaz. Conserva esa dirección.

«¿Mari?»

«¿Sí?»

«Soy Karim. No tengo a donde ir.»

«Anda, sube.»

Y lo hace con un bolsón de cuadros y otro que anuncia Muncicolor Iberia, como si se estuviera embarcando en el Titanic en vez de en un cuarto sin ascensor.

El abrazo es de los de antes del estado de alarma. Julia, la madre, nos cuenta: «Es una bellísima persona. Para mí es como un hijo. Pero ya sabes: la juventud, que no piensa. Ya le he dicho: ‘No vuelvas a las andadas, porque si no estás muerto para mí’».

Hubo una vez en que Karim no fue Karim. Aquello no estuvo mal. Fue en la prisión de Valdemoro. Durante unas horas, en los ensayos de teatro, el marroquí era otro.

Luego vino el coronavirus y jamás pudieron estrenar.

Echa de menos saber lo que tiene que hacer y que decir.

Y al compañero de celda. Y un sitio.

Y a un hijo.

Le preguntamos de qué hacía en la obra, cuál era su papel.

Karim se ajusta la gorra. «Hacia de policía.»